

La experiencia de Barbiana como inspiración diaria, por Nunki

Trabajo con jóvenes en riesgo de exclusión social, con las vidas más vulnerables que he conocido nunca. Una realidad que anega el lugar en el que vivo y que ha permanecido invisible a mis ojos hasta llegar a la docencia. Aunque quizá la palabra no sea invisible, sino borrosa, desdibujada, lejana. Al fin y al cabo, desde que tengo conciencia política mi vida ha estado ligada a una suerte de sensibilidad por las desigualdades que me ha empujado a guiar mi acción bajo criterios de colectividad y equidad. *Omnia sunt communia*.

No es tan raro, entonces, que un ingeniero acabe contratado como educador social. Soy ingeniero porque allí me llevó la corriente a mis 18 años. Por dejarme llevar por lo que se esperaba de mí en mi entorno. Un entorno, por otro lado, que se antoja ajeno al de mi alumnado. Veo, igual que veía Lorenzo Milani, una relación inequívoca entre clase social y nivel cultural. Creo profundamente que no es casualidad, sino una macabra causalidad, la que hace tan real la relación entre la ausencia del *capital cultural* de Bordieu y las *clases subalternas* de Gramsci. Lo veo a diario en mi aula.

Esa conexión entre incultura y pobreza que impulsó a Lorenzo Milani a crear la experiencia de Barbiana en 1947 no fue un fenómeno puntual, ni en el lugar ni en el tiempo. Ya unos años antes, en 1931, cuando Federico García Lorca tenía mi justa edad, pronunció un discurso en la inauguración de la biblioteca de su pueblo natal. En él, plasmó algunas de las ideas por las que le fusilaron cinco años después. Entre otras cosas, decía que disfrutaba la cultura con melancolía, sentida por aquellas personas que “por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión”. Pero no solo veía la cultura como algo bello en sí mismo, sino que la consideraba el único medio capaz de resolver los problemas en los que se debatía el pueblo “lleno de fe, pero falto de luz”. Esta idea clave que compartían Lorenzo y Federico y que, tristemente, aún compartimos muchos la concentró en una frase pronunciada en ese mismo discurso:

“No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan, sino que pediría medio pan y un libro.”

A menudo, comienzo mis tutorías con esa frase, hablándoles de Federico, de los libros y de la pobreza. Invito a mi alumnado a reflexionar sobre su lugar en el mundo, partiendo de un punto de vista sistémico y cargado de pensamiento crítico. Intento con todo mi ahínco que esos jóvenes hagan un análisis con cabeza, pero desde sus propias entrañas, del lugar en el que están, qué les ha llevado ahí, por qué, dónde quieren llegar y qué hacer para recorrer ese camino.

A estas alturas del texto ya habrá quedado claro que esto va de referentes y de observar a través de su mirada, para crear la nuestra propia y regalársela a los demás. Por eso, a la hora de pelear por la libertad de expresión y acción de mi alumnado, siempre tengo presente a José Luis Sampedro. Él decía que no puede haber ningún tipo de libertad si no hay antes *libertad de pensamiento*. Por eso, hay cosas que no les cuento, para no influenciarlos y, sobre todo, para no cercenar la raíz de sus libertades. No les cuento las crueldades posibles e inimaginables del sistema capitalista de producción, que les lleva a ser cada vez más pobres, para que los amos sean cada vez más ricos. Tampoco les cuento la tiranía de las redes sociales, que promueven hasta la náusea una sociedad de plástico y confeti, individualista, superficial y carente de esencia. No les hablo de la ausencia de valores que licúan toda base moral y nos sumergen en la *sociedad líquida* e incierta de Zygmunt Bauman...

Sé que mis últimas líneas son bastante fatalistas. Pero es que lo pienso y lo siento desde lo más profundo, por lo visto y por lo vivido. Sin embargo, vivo cada día para subvertir el estado de las cosas, *condenado a la esperanza*, como cantaba Gari. Es verdad, creo que el mundo es horrible. Pero también que la vida es maravillosa. Por eso me identifico tanto con la frase de Ricardo Darín, “soy pesimista, por eso mi método de defensa y supervivencia es ser positivo”.

Al contrario de lo que hago con las causas, con las consecuencias del problema de la pobreza sí soy franco en clase. Son hechos objetivos y observables por todos. Los guetos en los que viven las personas migrantes, el frío y el hambre que sufren los alumnos en situación de calle, la diferencia entre sus casas, su ropa, sus vacaciones y las de otros... Parece claro que esto tiene que cambiar. Pero no de cualquier manera. Cada uno tendrá que encontrar su trinchera y defenderla como defiende Benedetti la alegría, “de la miseria y de los miserables”. Defenderla con pasión, energía y ganas de vivir. Yo la he encontrado en la educación y el acompañamiento de personas vulnerabilizadas. Esa es mi revolución y no permitiré que la situación cada vez más angustiante en la que vivimos me quite las ganas porque estoy de acuerdo con Emma Goldman y “si no puedo bailar, esta no es mi revolución”.

Habiendo planteado un problema y analizado sus causas y consecuencias, parece lógico hablar de soluciones. Son muchas las medidas concretas que se pueden y se deben tomar para acabar con la lacra de la pobreza. Sin embargo, para aterrizar y dar cuerpo a las actuaciones de una manera coherente hay que partir de una idea macro. Una idea que, de alguna manera, tenga la capacidad de aglutinar y vertebrar toda nuestra acción. Yo lo tengo claro: en la educación está la clave. Educación como remedio ante la ignorancia. Educación para ser libres.

Decía Buenaventura Durruti, en una frase cruda como la vida misma, que “sin educación no vas a ninguna parte en este mundo”. En algunos textos con un lenguaje menos directo, ese chico leonés, hablaba de la educación como un medio para lograr la igualdad social. Reflexionaba acerca de la imposibilidad de cambiar la condición de obrero de un trabajador si no es a través de la formación. Siendo esta la herramienta más eficaz para que la clase social en la que naces no determine la clase social a la que pertenecerás toda tu vida. Eran coetáneos, pero no me deja de resultar curioso el hecho de estar leyendo a Durruti y acordarme irremediabilmente de Lorenzo Milani. Éste, en sintonía con las ideas expuestas, decía que “los niños nacidos en ambientes favorecidos económica y educacionalmente, presentarán una incuestionable ventaja desde el mismo nacimiento”. Entendiendo la posición social en la que naces, en consecuencia, como generadora de esa desigualdad que tanto nos remueve.

Por eso nuestras escuelas son necesarias. Por eso la pedagogía Milaniana es tan vital aún hoy. Es aquí y así donde y como tenemos que invertir nuestro tiempo y nuestros esfuerzos. Porque la élite utiliza todos sus medios para perpetuarse en el poder y en esa posición de ventaja. No podemos aceptar sin más la pedagogía burguesa, creada para mantener sus privilegios. Hay que leer y releer a Lorenzo Milani y tenerlo muy presente en el día a día, porque, hoy más que nunca, somos bombardeados con mensajes elitistas y, diría que casi darwinistas, mediante los cuales se nos quiere vender la falsa idea de que el fracaso escolar es el resultado de nuestra naturaleza como humanos, de nuestras diferentes inteligencias, capacidades y competencias y no de la cruel desigualdad en las oportunidades. Pero al igual que Piotr Kropotkin se opuso a Charles Darwin en sus tiempos, hemos de oponernos a esas élites mediante la educación que proporcionamos. No en vano, la *insegnanza mutua* de la que hablaba Lorenzo Milani tiene mucho que ver con el *apoyo mutuo* de Kropotkin.

Hemos de transmitir este último mensaje a nuestro alumnado en el día a día, a la hora de organizarnos, relacionarnos, hablar, sonreír... Que nuestras acciones hablen por nosotros, o como se dice en latín, *facta, non verba*. Es decir, hay que empezar a aterrizar en hechos concretos, metodológicos, aquella idea que compartían Lorenzo Milani y Paulo Freire de que la educación es fundamental para salir de la pobreza, que tiene un carácter transformador y que debe promover la conciencia crítica y la participación activa de los estudiantes en la sociedad. La educación como el arma principal que tienen los oprimidos para liberarse de las cadenas invisibles.

En la escuela de Barbiana no había repetidores, a los que más necesitaban, más se les daba, se motivaba a *los vagos*, se convertía al alumnado en protagonista, se mantenían altas expectativas para todo el alumnado a fin de que se produjera el *efecto pigmalión*, se estaba todo el tiempo que fuera necesario con el alumnado mediante la famosa *doposcuola* y se le daba una importancia inmensa al lenguaje. Esa debe ser nuestra inspiración. Para seguir dando voz a los que tienen voz. Para darles una vida digna y un futuro posible. Me alegro de

trabajar en un centro que se parece, aunque sea un poco, a aquella escuela de Lorenzo Milani, donde leemos el periódico diariamente, fomentando la conciencia crítica y la participación en la sociedad de las que ya hemos hablado, leyendo y escribiendo entre todos y todas, escuchando a referentes y personas inspiradoras que se acercan a contarnos su vida y regalarnos su tiempo y enseñándonos y acompañándonos unos a otros, con humildad y respeto. Este es y debe ser nuestro camino.

A un nivel más profundo, no hemos de olvidarnos en nuestra praxis de los principios pedagógicos milanianos como la inspiración socrática, basada en el diálogo y la inducción, el trabajo en equipo y la enseñanza mútua mediante los cuales todos tenemos algo que enseñar y algo que aprender respetando los ritmos individuales. Además, los educadores debemos tomar partido, adquirir conciencia y potenciar nuestra vocación, siendo radicales en nuestras posiciones pero sin enfrentarnos de manera violenta o inconsciente a lo establecido. Hay mucho que absorber en la experiencia de Barbiana y es un orgullo que se respire su esencia en tantas de nuestras escuelas.

He de reconocer que la pedagogía de Lorenzo Milani no es lo único que me inspira como docente. Más allá de lo profesional, mi vida personal se ha visto enriquecida gracias a conocer su historia y encontrar un ejemplo a seguir en su espíritu de sacrificio y lucha incansable, incluso con un cáncer a cuestas. Me dejó huella conocer que fue enjuiciado por estar a favor de la objeción de conciencia, o que le censuraron un libro sobre pastoral. Tener unas ideas tan humanas y mantenerlas con coherencia y valentía más allá de lo que se espera de ti e incluso de lo que la jerarquía a la que perteneces te dicta marca la diferencia. Porque sus chicos están por encima de todo. Porque la idea de justicia social hace de guía. Porque transformar el mundo es el propósito más noble.

Es con esta última idea con la que me gustaría cerrar este texto. Tener un propósito es crucial para ejercer como educadores. Debemos repensar una y otra vez nuestro papel como docentes. Si vamos a ser referentes hay que plantearse por qué hacemos lo que hacemos y analizar sin descanso cuál es nuestra motivación, nuestro camino. En este punto, no puedo terminar este texto lleno de citas y referencias sin nombrar a una persona por la que siento una debilidad enorme y que me ha enseñado, a través de los libros, a mirar el mundo a su manera, llena de ternura y sensibilidad. Cuenta Fernando Birri, mediante la pluma de Eduardo Galeano, en uno de mis textos favoritos, que *la utopía está en el horizonte y que nunca se puede alcanzar, porque cuando caminamos diez pasos la utopía se aleja diez pasos, y si caminamos veinte pasos la utopía se aleja veinte pasos más allá. Entonces sabemos que jamás nunca se alcanzará. Se pregunta en este punto para qué sirve la utopía, si no se puede alcanzar. Y se responde que sirve, precisamente, para eso, para caminar.* Esta historia tan bien contada, me sirve para concluir que no se trata de ser perfectos, ni de alcanzar grandes metas, porque eso nos extenuaría y nos llevaría a la frustración. Se trata, entonces, de pensar nuestra utopía deseada para nuestros jóvenes. Y perseguirla.

En su famoso poema *¿Por qué cantamos?*, Mario Benedetti concluye, que a pesar de todos los desaires de la vida y todas las dificultades, “cantamos porque somos militantes de la vida y no queremos que la canción se haga ceniza”. Nosotros, lo queramos o no, somos referentes de nuestro alumnado desde el día en que conocemos a esos jóvenes y nos plantamos delante de ellos y ellas en la tutoría inicial. Hemos de preguntarnos, entonces, ¿por qué educamos?

Educamos porque somos militantes de la vida, de la nuestra y de la de los jóvenes a los cuales acompañamos. Y porque no podemos ni queremos dejar que su esperanza se haga ceniza.